

dad; pero ese es tal vez el más escabroso de los caminos, y se necesita un valor a toda prueba...

— Dime, viejecita, buena hada, dime los nombres de los otros caminos que no sean tan espinosos!

— Mira y señaló la anciana otro; éste es el de la ciencia, quizá tan espinoso como el primero, y casi todos los que lo siguen se extravían; se van por senderos imposibles, por senderos que no pueden transitar los humanos. Es peligroso este camino; mete a los hombres hasta los campos de Dios y allí se vuelven locos o retornan doloridos, vergonzosos y decepcionados!... Este otro camino...

— No!, no!, gritó el príncipe, no me hables más, no quiero oírte. Guarda tu lengua, vieja lechuza. Volvió a ponerse el antifaz y se marchó.

— Oye, príncipe!, gritó la vieja; acuérdate de la venganza de un hada.

Y luego se quedó murmurando para sí: «Se asusta tan sólo con palabras... pobrecillo! Es un cobarde, es un vencido!»

Y volvió a acurrucarse el hada Experiencia, para esperar las preguntas de otros caminantes.

El príncipe volvió al palacio de los placeres, pero sentía un desconuelo mortal. Se encerró en su cámara e iba a arrojar fuera el antifaz, cuando vió con sorpresa que era un imposible, porque la barba y los cabellos blancos eran suyos, suyos... había envejecido.

Miróse al espejo y vió que estaban apagados, sombríos sus ojos, que antes producían cambios en las mujeres y en las rosas; su rostro estaba rayado de arrugas; era una irrisión ver esas brillantes joyas sobre sus manos apergamadas; era desastroso contemplar su traje, hecho para ajustarse a un talle gentil, cubriendo su cuerpo encorvado.

El príncipe, el viejo, hizo una mueca de burla a su figura representada en el espejo; una mueca que le resultó horrible, porque era la sonrisa de una boca desdentada y amarga.

Se llevó la mano a la cintura y sacó su diminuto puñal de mango bruñido, para realizar el último acto de cobardía que casi siempre realizan los que se dejan vencer. Colocó la punta afilada sobre el corazón... y lentamente lo fué hundiendo, hasta que le faltaron las fuerzas y cayó de bruces sobre la alfombra lanzando un grito de dolor.

A este grito, que resonó siniestro en la noche, estremeciéndose el palacio entero: los cortesanos acudieron en tropel y hallaron a su príncipe, porque ellos si lo veían joven: el hada Experiencia, con su magia permitía que solamente él se viera viejo, puesto que se sentía viejo.

Los cortesanos hallaron a su príncipe tendido sobre la alfombra con los rubios cabellos en desorden, pálido, con palidez de jazmín.

Petrificados de pánico, permanecieron un instante inmóviles; luego lo transportaron agonizante a su lecho magnífico, a su lecho de oro, que relucía como un astro.

Y quisieron que fuera bella su agonía: lo cubrieron de flores, encendieron en la estancia perfumados pebeteros y al compás de una música suavísima, danzaban bailarinas a su alrededor y volaban mariposas de colores.

Pero era terrible la agonía del príncipe; era angustiosa su agonía: tenía los ojos desorbitados y se retorció presa de la desesperación.

La música se había hecho tan dulce, tan suave, que era capaz de calmar todos los dolores como un bálsamo; las bailarinas se acercaban al príncipe para quitarle la angustia con besos y era besado por las mariposas.

De pronto se descorrieron las cortinas de la entrada y apareció en el umbral la más extraña figura: una viejecita encorvada, de ojos penetrantes de lechuza.

El príncipe se incorporó en el lecho: había reconocido

al hada Experiencia. Ella extendió el brazo señalando a los cortesanos y ordenó: «¡Salid!»

Calló la música y salieron los cortesanos, las bailarinas y las mariposas.

El hada se acercó al lecho mortuario y empezó a hablar así:

— Voy a decirte, príncipe, lo que no pude, en la primera ocasión en que nos hallamos, porque me desconociste y me insultaste. Desperdiciaste este consejo que yo doy a los caminantes que me oyen a tiempo. ¡Para ti ya es tarde! ¡Qué mal hiciste en no escuchar mi voz!

Oye, príncipe, lo que yo digo a los caminantes que me escuchan:

— Escoged cualquier camino; aquel por donde os mande vuestro corazón; no el menos escabroso, que en todos encontraréis espinas y abrojos; mas no os lastimarán sin duda si os revestís de la coraza del valor. Valor, hijos míos, es lo que se necesita. Lanzáos ciegamente, marchad con el ánimo resuelto, sin mirar atrás y sin querer descubrir con la mirada si está lejano el punto a donde queréis llegar. Sin querer saber de antemano si el resultado de vuestra marcha será satisfactorio. Eso le quita todo el mérito a la acción. Supongamos que el resultado fuera bueno: ¡bien para vosotros!

Supongamos que fuera malo: ¡bien para vosotros! Porque... tendréis el orgullo de no haber sido cobardes, de haber luchado hidalgos, de sentirnos fuertes... y tendréis el corazón en paz y eso en cierto modo es haber alcanzado la felicidad...»

Calló la viejecita, porque el príncipe no la escuchaba ya: había muerto.

Nena rubia: colorín colorado, este cuento se ha acabado. Coge la muñeca de la cunita de raso y de plumas y arrúllala... arrúllala y arrúllala siempre; seguramente esa muñeca será más tarde un *baby* tan rubio como tú; y lo arrullarás siempre; ¿no es cierto, nena, que lo arrullarás sin miedo?

Pequeño General! Ordena a los soldados que esperen ahí! Ponte en pie y grita: «¡Paso de vencedores!» Es bueno que te ejercites desde ahora, porque sé que mañana darás voces de mando en medio de nubes de humo, de rugidos de cañones; de estruendo de bombas y tambores. ¿No es cierto, General, qué gritarás: «Paso de vencedores?»

Ponte en pie y ordena a los soldados de madera, niño que sueñas con ser héroe!

Pequeñita andrajosa y despeinada: pequeñita de los ojazos tristes, de los ojazos con sueño, no te duermas. Esfuérzate por no dormirte; tú sabes que tienes que velar a mamá enferma; sabes que tienes que darle la cucharada a cada momento... pero tienes sueño. ¿Qué ocurriría si te durmieras? Descansarías, es verdad, pero al despertar encontrarías el desasosiego dentro del corazón... ¡No te duermas!

¿Y tú? A trabajar, gracioso limpiabotas! Sientes hambre y ahí a tu lado está la caja que produce pan; la caja amiga...

Levántate! Una, dos, y tres!

Quiero oír tu vocecita alegre: «Embolar, charolito! Embolar!»

Una! dos! y tres!

ECCO NELI

*Noticia.*—Con el nombre de Ecco Neli empieza a firmar sus escritos una distinguida y joven escritora de Colombia.

(Lecturas Dominicales, Bogotá).

